

JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ PÉREZ

El cimbalo de la Universidad

RIGIENDO la diócesis salmantina el obispo don Juan Castellanos, a partir de 1385 que parece ser la fecha en que se instaló un reloj mecánico de pesa y polea en la Catedral Vieja, las horas de la vida cotidiana del pequeño núcleo de habitantes que constituía la población de Salamanca, agrupada dentro de la primitiva muralla denominada “cerca”, eran reguladas por el sonido de sus campanas. La primera referencia que tenemos de tal hecho data del Sínodo celebrado en Salamanca en 1396 donde se ordena que el campanero de la Catedral toque cada día a la oración del Ave María con tres badajadas a la campana mayor; con espacios entre cada toque para poder rezar tres avemarías. También y hasta que en 1544 se instala en la espadaña de la Universidad, el reloj y cuatro campanas, la vida universitaria y su ritmo académico o festivo eran regulados por el vecino reloj de la Catedral Vieja.

No obstante existía anteriormente en la capilla de la Universidad un bonito reloj construido en 1503 por fray Francisco de Salamanca en Ávila, que costó 10.000 maravedíes. Fundamentalmente consistía en una gran campana sobre la que iba un hombre de raza negra que golpeaba las horas y dos carneros que hacían lo propio a las medias. Una imagen de la Virgen y dos ángeles que se humillaban ante la imagen señalaban las nueve de la mañana, debajo estaban los tres Reyes Magos y al lado una luna creciente o menguante conforme avanzaban las horas.

Sobre el hastial de la capilla donde iba el reloj se construyó la espadaña actual que tiene tres cuerpos, el primero de los cuales se encuentra desnudo de ornamentación y solamente en su centro abre un sencillo balcón en la zona baja, sobre el que luce el reloj propiamente dicho, rodeado de una guirnalda barroca y remata en otro motivo todavía mucho más barroco conteniendo la tiara pontificia y las llaves. En los laterales, a modo de contrafuertes, dos enormes volutas también barrocas, rematadas por ánforas. Se accede desde la cubierta de la capilla a la caja del reloj y las pesas de éste colgaban por debajo. Sobre tejadillo de ligera cornisa se eleva el segundo cuerpo, más reducido, de robustas columnas exteriores y pilastras

cajeadas, conteniendo bajo arco de medio punto una campana grande de las denominadas “romanas” y en el interior otras dos pequeñas conocidas por “chilejas” o “pascualejas”, adornándose los laterales como el cuerpo inferior. El cuerpo superior, reproducción en pequeño de los anteriores, contiene otra campana de las denominadas “esquilas” y remata en un tejado a cuatro aguas con la bola del mundo hecha de varillas de hierro sobre la que se alza una cruz del mismo metal.

De las cuatro campanas que ocupan la espadaña: La grande está fechada en 1788, de la mediana no consta la fecha de su construcción y de las dos pequeñas una lleva la inscripción IHS María et Joseph y



está fechada en 1544 y la otra lleva idéntica fecha que la campana grande. Es posible que una de ellas procediera de la iglesia de san Nicolás, trasladada en 1569, poco antes de que se suprimieran las clases de anatomía en el anfiteatro anatómico erigido en el teso, junto a la iglesia.

El artífice relojero Tomás Rincón, constructor de relojes de torre, que en 1861 vivía en Varillas, 15, efectuó la reparación del viejo reloj de la Universidad y al sustituir varias piezas, las antiguas “chilejas” que marcaban las horas del estudio escolar, acabaron como chatarra para fundir en los talleres de Maculet y de Moneo, teniendo que justificar ambos la licitud de la compra por las denuncias presentadas ya que habían sido robadas en 1897.

Así como el Cabildo acudía a coro matutino cuando sonaba su “cimbaillo” catedralicio, la vida escolar de la Universidad se regía por el “cimbalo” de su espadaña, que se oía en toda la ciudad media hora antes de las clases de prima. Para los porteros y bedeles de la Universidad se trataba del toque del “cimbano”. Aunque el Rector fijaba el día primero de cada mes en el tablón de anuncios universitarios la lista con los días feriados o vacacionales la realidad es que los estudiantes hacían más caso al “cimbalo” que al Rector y si no sonaba por cualquier circunstancia, no había clase, como por ejemplo el Lunes de aguas o los días feriados y bautizos de reyes y príncipes. Y no digamos cuando el sonido era un poco más tenue que el acostumbrado pues entonces se producía el hecho de que unos acudían y otros no, amparados éstos en que no les constaba que hubiera sonado.

Regía el “cimbalo” no solo como encargado de la puntualidad y buen funcionamiento del estudio (clases) sino para las celebraciones oficiales, ya fuera la apertura de curso, actos académicos notables, honras fúnebres de los claustrales o el doctoramiento con gran pompa anunciado por el “cimbalo” para dar comienzo al paseillo, al reparto de las conclusiones, al acompañamiento por la ciudad y a la corrida de toros en la Plaza Mayor. Fue objeto de polémica y controversia el sonido del “cimbalo” pues enmudecía con motivo de la muerte de

catedráticos que fallecieran fuera de la iglesia al no rendirle honores académicos la Universidad, como ocurrió el 23 de marzo de 1891 con la muerte del catedrático de Metafísica y filósofo krausista don Mariano Arés y Sanz y su entierro civil, a quien el rector don Mamés Esperabé Lozano le negó los honores universitarios que le correspondían, con el consiguiente alboroto en la ciudad entre partidarios y detractores de la medida. Doblaron a muerto, de 10 a 12, las campanas de los relojes de la Universidad, de la Catedral y del Ayuntamiento el 2 de abril de 1904, en el aniversario de la muerte violenta a manos de la fuerza pública de los estudiantes Hipólito Vicente García y Federico García Gómez, dentro de claustros universitarios.